

Sextas Jornadas de Filosofía Política “Justicia nacional. Justicia global”

de alcance internacional



"Justicia hoy". Gustavo Pascual

26, 27 y 28 de noviembre de 2015

Mar del Plata, Argentina

Organizado por Proyecto “Justicia global y derechos humanos: pobreza, migración y

género”, Grupo de Análisis Epistemológico, Departamento de Filosofía,

Facultad de Humanidades.

Actas de las Sextas Jornadas de Filosofía Política : justicia nacional, justicia global / Patricia Britos ... [et al.] ; compilado por Vanesa Lorena Battaglino. - 1a ed. - Mar del Plata : Universidad Nacional de Mar del Plata, 2015.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-707-3

1. Política. 2. Filosofía Política. I. Britos, Patricia II. Battaglino, Vanesa Lorena, comp.

CDD 320.1

UN MODELO DE PREVENCIÓN SOCIAL DE VIOLENCIA APLICADO A JÓVENES EN LOS MÁRGENES: FÚTBOL CALLEJERO, EFICACIA COLECTIVA Y CAPACIDAD AGENCIAL

Rosario Vives (UBA)

Dirección de Niñez y Juventud – Secretaría de Desarrollo Social – Municipalidad de
General Pueyrredón

rosariovives5@gmail.com

El siguiente trabajo se propone un cruce entre teoría y práctica, desarrollos teóricos del seminario “Modelos de prevención social, juventud y violencia en América Latina”, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) vistos a la luz de la implementación de una política social de prevención de violencia aplicado jóvenes en los márgenes de la ciudad de Mar del Plata.

Caracterización del contexto urbano violento

Resulta pertinente comenzar con una breve caracterización del contexto urbano violento, el cual se encuentra atravesado por una multiplicidad de dimensiones sociales, culturales, políticas y económicas, a considerar a la hora de intervenir en los mismos.

El contexto de pobreza urbana y exclusión social influyen negativamente en la sociabilidad de aquellos sujetos que se encuentran inmersos en él, generando altos niveles de fragmentación social. Esto trae aparejado un terreno fértil para que emerja y se reproduzca la violencia urbana, generando un espiral que refuerza la exclusión social inicial.

Sin embargo, el fenómeno de la violencia urbana se debe contextualizar en procesos sociales callejeros para acercarnos a su comprensión. Vivir en contextos de pobreza genera una serie de consecuencias marginales que superan la falta de dinero, asociadas a condiciones desfavorables de vivienda, acceso a educación y salud de calidad, falta de supervisión de los niños y jóvenes por adultos que son escasamente remunerados en sus trabajos precarios y de largas jornadas, estigmatización y limitación de oportunidades, perspectiva de futuro incierto generando un efecto de concentración

de desventajas. Esto da lugar a procesos de exclusión social profundos generando una sociabilidad restringida que limita la posibilidad de influir en las condiciones cotidianas de vida comunitaria y la capacidad de mantener niveles funcionales de cohesión social y control social informal entre los habitantes.

Se sostiene que, tanto el escaso capital comunitario, es decir, el conjunto de recursos individuales e institucionales al alcance del barrio, como la eficacia colectiva - o su relativa ausencia, es decir, la falta de capacidad de intervenir comunitariamente por el bien común- tienen influencia directa en la posibilidad frecuente de que los niños y jóvenes estén expuestos a escenarios de conductas criminogénicas y estilos de vida riesgosos que aumentan la posibilidad de cometer actos ilícitos.

De esta manera, se van conformando *ciudadanías informales* que consolidan un orden social, cultural e institucional informalizado, con su propia lógica, jerarquías, moralidad y sanciones. En estas poblaciones desfavorecidas se van creando subculturas juveniles que tienen como ejes la socialización callejera que normaliza el uso de violencia. Por tanto, la juventud desde la niñez se fue acostumbrando a la violencia doméstica, en la calle y policial represiva como norma cotidiana, consolidando así la cultura de la violencia juvenil en los barrios pobres y marginados (Krujit, 2006).

A su vez, la fragmentación social que los procesos de exclusión generan se pueden observar en las barriadas donde la desconfianza mutua por la inseguridad cotidiana y temerosa rompe el tejido social, interrumpiendo la vida social a través del aislamiento, la pérdida de la capacidad colectiva de control social sobre los espacios públicos y la búsqueda externa de la solución. La disposición de intervenir y solucionar colectivamente los problemas de la comunidad y trabajar para el bien común -es decir, la eficacia colectiva- depende de la confianza mutua y solidaridad entre los vecinos (Sampson, Raudenbusch & Earls, 1997). La ausencia de control social, baja integración social y desconfianza mutua, da lugar a la violencia y criminalidad de grupos juveniles, que a su vez, retroalimenta positivamente la fragmentación social en las comunidades ya excluidas. Violencia y exclusión social se alimentan mutuamente. La estigmatización por vivir en una "comunidad marginada", la falta de recursos, pocas oportunidades y el escaso espacio o condiciones de hacinamiento son parte del pan de cada día de los residentes y esos procesos de exclusión en sí forman parte ya de la violencia cotidiana. No se puede resolver el problema de la violencia, sin solucionar la problemática de la exclusión.

Un ejemplo claro de la relación simbiótica entre exclusión social y violencia en el ámbito de la calle, es la ausencia de la capacidad de diálogo y el uso de violencia para resolver conflictos en la población juvenil de barrios marginados. En contextos de exclusión, los jóvenes se socializan en entornos callejeros, de violencia cotidiana y conductas criminogénicas, como también en contextos de falta de oportunidades para adquirir habilidades sociales y expresivas que le permitan entablar comunicaciones pacíficas en sus relaciones sociales. Se asiste al fracaso colectivo de las instituciones socializadoras de la escuela y la familia. Esto permite la aprehensión de una conducta violenta como forma normal de relacionarse, posibilitando una escalada de violencia ante una disputa menor, donde muchas veces el arma cobra un lugar simbólico y práctico esencial para desenvolverse y sobrevivir en el barrio.

Por su parte, las identidades que conforman los grupos callejeros que se enfrentan a lo establecido y rompen con las normas tradicionales, son parte de su cultura delictiva enmarcada en una cultura política sostenida por un profundo clima de desconfianza hacia las instituciones y la ley, la corrupción de políticos y funcionarios, y la impunidad de los poderosos.

Dentro de tanta marginación, los jóvenes buscan en el ámbito de la calle, el reconocimiento, el respeto y el poder que no consiguen en otros ámbitos sociales. La calle como espacio público se vuelve el territorio a conquistar y defender para muchos jóvenes que se organizan en grupos callejeros violentos, construyendo así su identidad.

En concordancia con lo expuesto, en los contextos de exclusión social se presentan con mayor frecuencia actos delictivos y uso de violencia que disminuyen las interacciones entre vecinos. "Áreas urbanas con niveles altos de fragmentación social y poca confianza mutua, tienen poco capital social" (Colman, 1990: 306-307).

Sin embargo, podemos observar en el contexto de socialización de los niños y jóvenes de los barrios populares como se va conformando un capital social negativo, donde las normas compartidas nivelan para abajo las aspiraciones y proyecciones de vida, donde resulta imposible la integración social, con proyectos de vida a muy corto plazo y asumiendo riesgos o muchas veces, sin ellos. La calle termina siendo el espacio de socialización sin supervisión adulta entre niños y jóvenes de barrios populares donde las viviendas resultan precarias y las labores de los adultos implican amplias jornadas laborales. En estos contextos, los jóvenes se sienten atraídos por actividades ilícitas que le permitan pertenecer de algún modo a algo, generando un sentido de identidad y a

través de ellas conseguir ciertos beneficios, como ser recursos y poder. De esta forma, se van adentrando en la cultura callejera que los atrae.

También la identidad masculina se vuelve un imperativo social marcando sus modos de actuar violento y el uso de la fuerza y las armas para ejercer su poderío, su control territorial y obtener respeto. El código de la calle se vuelve propio para obtener un status que fuera denegado en otros ámbitos sociales, como ser el educacional u ocupacional. Los atractivos de la cultura de la calle violenta son: recursos, respeto y placer. Además, el ser reconocido como "chico malo" dentro de su comunidad, es mejor que pasar desapercibido, al menos existe reconocimiento alguno por el uso de la violencia para atraer mujeres o adquirir bienes de consumo.

De teoría y barrio

Estos desarrollos teóricos resultan los ejes fuerza de los programas de prevención de violencia que llevó adelante la Dirección de Coordinación de Políticas Integrales de Prevención de Violencia y Delito dependiente de la Secretaría de Seguridad del Municipio de General Pueyrredón durante los años 2014 y 2015, área en la cual me he desempeñado como profesional. Desde el enfoque de la seguridad ciudadana, el área se focalizó en la prevención social y comunitaria secundaria. Sus programas trabajan, en territorios con altos índices de vulnerabilidad social, la recomposición del tejido social, acompañando proyectos y procesos comunitarios, con el objeto de trabajar en pos de la cohesión social en barrios que se encuentran fragmentados, sin confianza mutua, en contextos de exclusión social, creciente violencia y altas posibilidades de ser víctimas o ofrecer salidas victimarias a quienes forman parte de estas comunidades. Poblaciones que están poco beneficiadas en cuanto a lo educacional, salud, esparcimiento, empleo, presencia, venta y consumo de drogas y altos índices de violencia y delito en la cotidianeidad. Barrios populares donde los niños y jóvenes son expuestos constantemente a la naturalización de la violencia, la socialización callejera y contextos de exclusión social.

Todo esto influye negativamente en la cohesión social dando lugar a procesos de desintegración comunitaria que repercuten en la seguridad ciudadana. Para trabajar por la cohesión social se debe impulsar mecanismos de inclusión y focalizar mejoras en los comportamientos y valoraciones de los ciudadanos sobre la sociedad, trabajando sobre el sentido de pertenencia, el fortalecimiento y recomposición del lazo social.

Uno de los programas de prevención de violencia dirigidos a jóvenes de estos barrios populares, sostiene buena parte de las sugerencias y experiencias positivas en prevención social de violencia en jóvenes en el contexto latinoamericano. Este programa consiste en implementar fútbol callejero en los barrios con mayor índice de vulnerabilidad social como propuesta de abordaje integral y asociada al desarrollo humano individual y comunitario.

Sobre fútbol callejero

El programa *Pasión de Barrio* diseñado e implementado desde la Dirección de Prevención de Violencia busca implementar la metodología de *fútbol callejero* en distintos barrios periféricos de la ciudad de Mar del Plata – Batán, seleccionados por variables que indican características de vulnerabilidad y violencia en estas comunidades, a saber: Tasa de homicidios - Índice de pobreza e indigencia - Porcentaje de escolaridad - Hacinamiento crítico del Partido de General Pueyrredón.

La metodología es la columna vertebral del fútbol callejero. La particularidad de este tipo de fútbol es la forma de jugar, la cual permite profundizar en procesos educativos, que aporten a la construcción de sujetos crítico-constructivos. Esta construcción implica considerar los procesos personales y colectivos de reflexión y recuperación del diálogo y la palabra como eje fuerza en la resolución de los conflictos barriales, comunitarios e interpersonales, generando habilidades sociales que luego serán utilizadas en diversos ámbitos de desenvolvimiento de la vida de los jóvenes.

El fútbol callejero es un fútbol mixto, que se juega sin árbitros, pero con mediadores y consiste en tres tiempos. El fútbol callejero se juega con las reglas que los mismos participantes eligen o crean durante el diálogo que se propicia en el primer tiempo. En esta etapa es fundamental que el facilitador, sea un actor que provoque opinión, discusión y la participación entre los jugadores con respecto a temas valóricos (solidaridad, juego limpio, integración, respeto de los acuerdos, etc.)

Durante el segundo tiempo, se lleva a cabo el juego con las reglas acordadas durante el primer tiempo y en donde el mediador tiene que tener una figura neutra, estando atento y ser capaz de generar diálogo si es requerido frente a algún problema dentro de la cancha. Aquí se observa un joven buscando la autoregulación personal frente a distintas situaciones de tensión que genera el juego, intentando sostener un comportamiento acorde a los valores y acuerdos consensuados.

El tercer tiempo es quizás más importante que los dos anteriores, es aquí donde los y las jóvenes se auto-evalúan, conversan, construyen socialmente, donde critican a sus pares de forma positiva y donde van creciendo como personas a través del diálogo; es en donde se coloca en práctica la educación popular, en donde todos aprendemos de todos, no existe la autoridad que monopoliza el saber, sino existe el facilitador de procesos. El tercer tiempo, es donde se evalúa el respeto a los valores: *participación, solidaridad, juego limpio, integración y compañerismo*, y también el respeto a los acuerdos fijados por los mismos jugadores. Luego de avanzada la discusión, comienza la evaluación mutua de los equipos, para definir el ganador de partido, que va más allá de los goles, superando la instancia competitiva.

Fútbol callejero adopta el fútbol como herramienta educativa-deportiva para recuperar un espacio de protagonismo y de diálogo entre jóvenes en situación de riesgo en la ciudad. A través del fútbol como excusa convocante para los y las jóvenes, se aborda la violencia, la integración, la auto-regulación, la recuperación de la palabra a través del diálogo, la participación activa, la integración de género, entre otras cuestiones. En una sociedad donde la violencia estructural atraviesa todas las relaciones familiares, barriales, escolares y comunitarias trabajar con los "otros" nos permite generar una mejor convivencia.

Además a partir del fútbol se logra un acercamiento con los jóvenes que nos permite abordar otros tipos de problemáticas que también influyen en los niveles de violencia que se viven. El desempleo, la deserción escolar, las adicciones y violencia familiar son variables que inciden en estos jóvenes. La integralidad del programa, entonces, se basa en la articulación con distintas áreas públicas y privadas. Es importante considerar la integralidad como un valor fundamental siendo la principal recomendación del BID para los programas de abordaje de la población joven.¹

La integralidad propuesta sostiene cambiar el paradigma de intervención. Cada uno de los equipos barriales trabajan desde el lugar convocante: la cancha. De esta manera, grandes referentes de la comunidad, junto con operadores de salud mental y operadores sociales, en conjunto con un profesor de educación física y con la coordinación del equipo de Prevención de Violencia, trabajan las trayectorias individuales y procesos barriales, abordando el *conflicto* como oportunidad para

¹ <http://blogs.iadb.org/salud/2015/01/26/juventud/>

intervenir en una multiplicidad de situaciones que atraviesan a la sociedad en general y a los jóvenes en particular.

El programa prevé la articulación con áreas como producción y empleo para trabajar la salida productiva en base a los intereses y deseos concretos manifestados por los jóvenes como también el área de educación en búsqueda de la reinserción educativa. En este mismo sentido, se trabaja al joven como un sujeto inserto en un contexto socio-familiar complejo que requiere especial atención en abordajes desde la prevención de violencia en la primera socialización de los niños trabajando con la unidad familiar en talleres participativos de crianza sin violencia y embarazo adolescente, contemplando la formación de redes de contención.

Por otro lado, se articula con el área de salud mental que provee operadores socio-comunitarios, con capacidad de abordaje de la problemática de las adicciones desde el territorio, con el objeto de promover y facilitar el proceso personal y comunitario de fortalecimiento progresivo de su autonomía, cuyo propósito es la superación de cualquier relación de dependencia; considerando a la drogodependencia como un fenómeno que expresa las múltiples relaciones de dependencia a las que se ven sometidos los sujetos que transitan su vida cotidiana en situación de vulnerabilidad psicosocial, se trate ya de un joven, de un grupo o de un sector de la comunidad. De este modo, el dispositivo de fútbol callejero se convierte también en una puerta de acceso inmediato al sistema de salud, principalmente para jóvenes cuya relación con el consumo se halla en sus inicios, lo cual supone un mejor pronóstico y, consecuentemente, menor costo personal, para la comunidad y para el sistema de salud.

En suma, y teniendo en cuenta que el desarrollo y la conducta de las personas son influenciadas por los escenarios y contexto que los rodean, se busca intervenir en los procesos sociales que permiten la manifestación de violencia. De este modo, el centro está puesto en la eficacia colectiva, mejorando la capacidad de intervenir y solucionar colectivamente los problemas de la comunidad, aumentando la solidaridad y confianza mutua (Sampson, Raudenbusch, Earls, 1997).

En este sentido, el programa prevé que, además de los días de entrenamiento y los encuentros entre barrios, exista un tercer espacio reflexivo coordinado por el operador de socio-comunitario, donde además de la reflexión sobre los emergentes y problemáticas que puedan surgir en los encuentros y en la aplicación de la metodología, se trabaja en un proyecto solidario que deberán elegir, diseñar y ejecutar los mismos

jóvenes en sus barrios. Esto último tendiente a generar procesos individuales y grupales de identidad de grupo y toma de conciencia de la capacidad agencial de cada uno de los jóvenes, trabajando la confianza mutua y mejoramiento de la autoestima. Estos espacios pretenden constituir un marco diferente de oportunidad de expresión y valoración, a partir del cual los jóvenes pertenecientes a una comunidad violenta pueden convivir, interactuar y socializar en un contexto distinto al conocido: la cultura callejera. Además, la realización de un proyecto solidario en su barrio generará un impacto comunitario y social a partir del cual sus propios vecinos transformarán la visión negativa sobre estos jóvenes. De este modo, se trabaja la solidaridad y la confianza mutua, el sentido de pertenencia a través de la participación en proyectos colectivos, es decir, aumenta la eficacia colectiva.

El enfoque está puesto en la capacidad agencial del sujeto, capaces de definir las reglas del juego, y capaces de respetarlas y de auto-evaluar su conducta. Entendiendo las dinámicas y habilidades que poseen por el hecho de convivir con otros grupos callejeros violentos en sus barrios, estos jóvenes tienen aprehendido el código de la calle. Se busca atraerlos desde el placer de jugar a un deporte convocante como es el fútbol, de construir identidad de grupo, con el objetivo de trabajar la auto-regulación y la recuperación de la palabra para resolver conflictos. El lugar de mi opinión, reconozco capaz de actuar y hablar, de comunicarme con respeto hacia el otro, de resolver las diferencias desde el diálogo, de sostener acuerdos y respetarlos. Se trabaja la integración y la convivencia con el otro diverso, otras edades y con el otro género. Se trabaja un marco en el cual los jóvenes deben tomar la palabra y tomar posición ante la necesidad de definición de sus partidos, ellos son los protagonistas en todo momento.

Como objetivo último, se busca encauzar las dinámicas sociales en las que se insertan estos jóvenes a través de las relaciones con vecinos, familias o grupos locales, por medio de generar oportunidades alternativas. Se trabaja en pos del fortalecimiento de relaciones y entornos informales y formales que los dirijan a ser personas respetuosas de la ley y normas sociales, evitando que se vuelvan víctimas o victimarios (Sutton, Cherney & White, 2014).

Palabras finales

El programa de fútbol callejero se encuentra dentro de la prevención secundaria, donde la población objetivo resultan ser jóvenes en riesgo de ser víctimas o victimarios,

sin perder de vista sus relaciones comunitarias y la comunidad en la que se insertan. Se tiene en cuenta la dimensión afectiva de los procesos individuales y grupales. Por un lado, el objetivo es formar a los jóvenes en valores, actitudes y habilidades sociales que les permitan superar el riesgo social al que están expuestos. Por otro, el desarrollo de un proyecto solidario que tiene como protagonistas a estos jóvenes funciona como una meta simbólica que impacta en el cambio de percepción por parte de sectores de la comunidad que los pudiera considerar "peligrosos". Por su parte, promueve la convivencia pacífica intra y entre barrios, ya que se realizan encuentros periódicos, que les permiten establecer relaciones pacíficas con un "otro" distinto.

Dentro del enfoque de prevención social del delito y la violencia, resulta primordial fomentar la participación y cooperación ciudadana en la prevención. Además, se busca intervenir en procesos sociales identificando causas raíces que conducen a un individuo a delinquir. En este sentido, el programa aborda a los jóvenes y en relación a su comunidad en términos de procesos sociales. En un comienzo este proceso viene de la mano de trabajar la auto-regulación, los valores y el diálogo para resolver diferencias dentro de la cancha, en los entrenamientos como en los encuentros entre barrios. El mediador acompaña el proceso de recuperación de la palabra, dando espacio para la comunicación como herramienta para resolver conflictos. La propuesta se profundiza hacia un trabajo sobre el desarrollo humano integral de los jóvenes. Comienza un trabajo de acompañamiento, sostén y trabajo reflexivo por parte de un operador social especialista en problemáticas de consumo, con el objeto de promover y facilitar el proceso personal y comunitario de fortalecimiento progresivo de su autonomía, cuyo propósito es la superación de cualquier relación de dependencia. Los operadores trabajan en espacios de reflexión en pos de un proyecto solidario definido, planificado y concretado por los jóvenes. De esta forma, se promueve la resiliencia individual y comunitaria, se toma en cuenta la capacidad agencial de los jóvenes al ser protagonistas con participación activa, se trabaja sobre la posibilidad de ayudar a otro, en mi comunidad, a otro que identifiquen con mayor vulnerabilidad, facilitando conductas y procesos sociales positivos. A su vez, se abordan trayectorias individuales y sociales, proponiendo estímulos en base a los intereses individuales o grupales que vayan apareciendo. Una vez más, el abordaje que se propone es distinto ya que se trabaja en el territorio convocante para los jóvenes: la cancha. En ese sentido, se aborda el conflicto como oportunidad para intervenir en una multiplicidad de situaciones que

atraviesan a la sociedad y a los jóvenes, problematizando su contexto de violencia y exclusión.

De este modo, la prevención se convierte en una estrategia para modificar dinámicas comunitarias, disminuir procesos sociales riesgosos. Trabajando la capacidad electiva y el desarrollo personal del joven, integrados a otras actividades y grupos de permanencia, se pone el foco en la capacidad agencial del individuo, en sus decisiones y sus conductas intencionales. Se busca potenciar esta capacidad limitada por el contexto social en el cual viven. Teniendo en cuenta que los procesos sociales en los que participan se encuentran atravesados por fuerzas sociales externas que interactúan directamente sobre sus vidas. Por lo tanto, ante las adversidades, se busca fortalecer la capacidad de adaptación, autonomía y resistencia individual y grupal, es decir, la resiliencia. En este sentido, el programa no sólo se dirige a reducir los aspectos negativos de los jóvenes, sino se focaliza en "potenciar" aquellos positivos (Butts-Gouvis, 2010). Se estimula prácticas de socialización favorables, que permitan el desarrollo personal desde una perspectiva comunitaria.

Por último, se evidencia como el programa tiene eje central en la cohesión social, vista como la interacción entre la sociedad y sus ciudadanos. Por un lado, se pretende integrar a los jóvenes a la sociedad, acercando oportunidades de equidad, bienestar, derechos, salud, educación y empleo. Por otro, se trabaja el sentido de pertenencia y solidaridad del grupo a la comunidad en la que viven, participando de proyectos colectivos, aumentando el capital social, aceptación de normas de convivencia y participación en espacios de deliberación (CEPAL, 2007).

Bibliografía

- Butts-Gouvis (2010). *A Community Youth Development Approach to Gang Control Programs*. En *Youth gangs and community intervention*, Editado por Robert Chaskin, Columbia, New York.
- Coleman, J. (1990). *Fundamentals of Social Theory*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Comisión Económica para América Latina [CEPAL] (2007): *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile:

Naciones Unidas.

FLACSO (2015). Clases y material bibliográfico de curso de posgrado "*Modelos de prevención, juventudes y violencia en América Latina*".

Kruijt, D. (2006). *América Latina. Democracia, pobreza y violencia: Viejos y nuevos actores* WP 04/06. Madrid: Instituto Complutense de Estudios Internacionales.

Sampson, R. J., Raudenbusch, S. W., & Earls, F. (1997). *Neighborhoods and Violent Crime: A Multilevel Study of Collective Efficacy*. Science.

Sutton, A., Cherney, A., y White, R. (2014). *Crime Prevention. Principles, perspectives and practices. Second Edition*. Port Melbourne: Cambridge University Press.

ISBN 978-987-544-707-3



9 789875 447073